

HCR
056
R454-rc

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL VDA. DE QUIROS, DIRECTORA
SAN JOSE, COSTA RICA, América Central



Don Max Koberg, en su finca «Granadilla»

LAS BODAS DEL CAFÉ

Son las bodas del Café, y por eso se viste de blanco, exhala su perfume, expande sus mieles e invita a las abejas para que vengan a fecundarlas y a convertir cada flor en grano de oro!

La blanca flor del Café es símbolo del amor puro; y la abeja que acude al festín de sus amores, a chupar sus mieles, y a fecundarlas, dándole fruto a la flor, es símbolo del trabajo: Amor y Trabajo! Base y grandeza de los pueblos!

ELADIO PRADO



¿Por qué será que padecen tantas personas del corazón?

Por el Dr. JAS. W. BARTON, M. D. - Canadá

Aproximadamente el 90 % de las muertes ocasionadas por enfermedades del corazón ocurren después de la edad de 40 años y el 8 % ó 10 % restante a edades menores. Con tal rapidez se han extendido estos males en la ciudad de Nueva York, que el promedio de mortalidad, que en 1900 era de 133 entre 100.000, subió, en 1928, a 280, más del doble en menos de 20 años. Debe admitirse que hay muchas personas que se hubieran muerto a esa edad si no hubiera sido que en su niñez les salvaron la vida, prolongándosela después con cuidados solícitos, porque no ha sido hasta los últimos años que los gobiernos han despertado a la urgente necesidad de proteger al niño y disponer los medios propios para favorecer su desarrollo, tanto que ha llegado a ser una ciencia que se designa con el término puericultura (neologismo o palabra nueva), incluyéndose en los estudios de la enfermera profesional o estudiándose aparte. A pesar que esos niños predispuestos probablemente padecerán del corazón cuando alcancen la edad de 40 o más y que aumentan el número de casos, las enfermedades cardíacas y vasculares han venido extendiéndose con alarmante rapidez.

Según el Dr. O. P. J. Falk, de San Luis, EE. UU., se comienza a padecer del corazón a los 40 años debido al deterioro de los tejidos elásticos de los vasos sanguíneos, que se ponen duros y fibrosos. Este desgaste de la membrana que forra las venas y arterias es propio de las personas que heredan esa

tendencia; otras lo provocan prematuramente con sus malos e irregulares hábitos de vivir, en particular los de comer y tomar. Además, el Dr. Folk insiste enfáticamente en que tenemos un concepto erróneo del modo de vivir y que, por motivo de esa precipitación vertiginosa con que vivimos, esa tensión nerviosa constante que nos produce la competencia que unos a otros hacemos, siempre tenemos tensos el cuerpo y la mente, los nervios rígidos y la sangre a presión alta.

«El paso veloz a que nos lleva la competencia industrial nos ha hecho perder el arte de la relajación.»

¿Habrá modo de precaverse de las enfermedades del corazón? En primer lugar dependen de la predisposición hereditaria de cada persona y, en segundo, de la manera de vivir. Si se desea prolongar la vida a una edad avanzada, es preciso vivir con tranquilidad, cuidarse de no comer más de lo necesario y, en cuanto aparece el primer síntoma, que es la falta de respiración, hacer todo con moderación, tanto lo físico como lo mental. Además, después de haber tenido una enfermedad aguda, particularmente de la garganta, sería prudente guardar cama algunos días para dar al corazón la oportunidad de recobrar sus fuerzas.

En realidad todos debiéramos cultivar el arte de relajarnos cuando tengamos la oportunidad; así descansamos no sólo el corazón sino la mente.

(Del Diario Comercial de Honduras)

Para todo dolor
ASPIRINA
el producto de confianza

BAYER

BAYER

DIRECTORA:

Sara Casal Vda. de Quirós

Apartado 1239

Teléfono 3707

OFICINA: 1ª casa de habitación
BARRIO: Estación del Atlántico
Avenida 1.ª - Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

Publicación Semanal para el Hogar

Con la aprobación de la
Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 22 de Julio de 1934

Suscripción mensual

de

cuatro números:

₡ 1.00

Resultados de la educación sin religión

FL trabajo del demonio ha sido lento, muy lento. Comenzó por decretarse la educación laica, se prohibió dar clases de religión, se substituyó la religión por la moral para engañar a los padres de familia. Los niños crecieron sin Dios en las escuelas, su educación se limitó a una enseñanza puramente científica, su corazón se materializó poco a poco. Decían los liberales: La religión debía enseñarse solamente en el hogar, lo que resulta insuficiente, los padres piadosos la enseñaban con su ejemplo, pero eso no basta, la religión es una ciencia, la más importante de todas y cuyo estudio requiere, no sólo constancia, sino aprovechamiento de todos los instantes de la vida. Todas las ciencias que se adquieren en las escuelas y colegios deben estar unidas al fondo religioso que da el conocimiento de Dios. Una ciencia sin Dios destruye la espiritualidad de las almas y las torna en seres fríos y egoístas.

El trabajo del demonio para atraer las almas y alejarlas de Dios, es tremendo: trabaja en toda forma, influye en todos los ánimos y de una manera tan fina, que hace caer a los incautos y cuando se aperciben del daño causado es tarde, el mal no tiene remedio.

No hay nada que embellezca más a las almas que su espiritualidad, y es por ello que los santos como San Francisco de Asís, San Vicente de Paúl, Sor Teresita del Niño Jesús, San Luis Gonzaga y tantos otros atraen con sus vidas aun a los que se dicen incrédulos. Sus vidas llenas de ternura, de amor a Dios y a sus semejantes, a los seres creados los hacen ser admirados y queridos de todo el mundo. En cambio, esos seres fríos, indiferentes, a nadie atraen. Cuando la educación forma las personas desde sus más tiernos años, con sentimientos de amor y reconocimiento a un ser supremo, esas almas comienzan por creerse nada, se humillan ante el poder divino, y son humildes por educación.

La religión enseña a amar a Dios, después de Dios a sus padres, hermanos, amigos, a los pobres, a sus semejantes. A no hacerle daño a nadie.

Después que reinó la educación sin religión, vino el nuevo sistema de educación de dejar a los niños toda libertad personal, y los niños se tornaron voluntariosos, indisciplinados y hoy día tenemos una juventud libre que se manda sola, los padres sólo de nombre, pues no tienen ninguna autoridad sobre sus hijos y de ahí el desastre social. Los hijos no quieren a sus padres como antes que se veneraba a los que nos habían dado el ser. La madre para nosotros era algo adorable, se quería con toda el alma, se le respetaba, se le agradecían todos los sacrificios de su vida por nosotros, jamás se desobedecía, pues se pensaba ante todo en el sufrimiento que le causaríamos. Pensar en hacer sufrir a una madre... eso es algo cruel... sólo los malos hijos, los sin entrañas... podrían hacerlo y considerarse uno sin sentimientos era algo tremendo.

La educación ha tornado los hijos indiferentes para con sus padres, hacerlos sufrir, desobedecerles, causarles dolores en el alma, contestarles de una manera irrespetuosa y muchas veces insultarlos es algo que se hace con toda naturalidad. Como no tienen sentimientos religiosos bien fundamentados, no se detienen a reflexionar en los deberes que nuestra religión impone a los hijos. Jamás piensan que su conducta es vituperable y que ante Dios tendrán que rendir cuentas muy estrictas.

La mayoría de las hijas no quieren a sus padres, los ven sacrificarse por ellas y no lo agradecen; ven trabajar a la madre en los oficios del hogar y no la ayudan, no le guardan ninguna atención ni consideración, les dirigen las groserías más espantosas y jamás piensan «que con la vara que se mide, serás medido», dicen las Sagradas Escrituras. Ellas a su vez serán madres y su corazón se verá desgarrado por la conducta de sus hijos y entonces sabrán del dolor de las madres al ver a sus hijos convertidos en verdugos de sus padres.

Los hombres y las mujeres deben informarse cuando se van a casar cómo han sido sus novias o novios con sus padres. Si han sido malos hijos, serán malos esposos, malas esposas. Jamás la que es mala hija tendrá la bendición de Dios en su hogar. Desgraciado del hombre que se casa con una mala hija, y desgraciada la mujer que elige por esposo a un mal hijo. Y la herencia de malos hijos continúa en los hijos y la cadena de sufrimientos continúa.

No hay nada más encantador que ver a un hijo o a una hija cariñosa con su madre, que la besa, que la mimas, que la obsequia, que la rodea de las atenciones más delicadas y ver a un hijo cariñoso con sus padres... nada más conmovedor y que dé una sensación más de aprecio y de respeto por el hijo. Y sin embargo debiera ser la cosa más natural... los buenos hijos... y son hoy día relativamente pocos los hijos buenos, los que complacen a la madre en todo... que al querer a la madre, la admiran y respetan todo lo que formó el corazón de su madre.

Un buen hijo nos decía: yo respeto la religión que formó a mi santa madre, una religión que hizo de ella un ángel debe ser perfecta y por nada del mundo la cambiaría.

Quiero y respeto tanto a mi madre que aun después de muerta seguí cumpliendo con mis deberes religiosos, como si ella existiera; sé que con mi proceder le agrado y su memoria, sus deseos, serán siempre sagrados para mí. Un hijo de sentimientos tan elevados como este será un magnífico esposo.

En cambio muy a menudo vemos hijas que tratan a sus padres con mucha ordinareiz, hasta grosería en su lenguaje. Pobres hijos... las lágrimas y los sufrimientos de sus padres los pagarán con lágrimas de sangre.

Y toda esa juventud sin corazón, egoísta, que sólo piensa en ella misma, es la peor desgracia para un país, es una juventud superficial que jamás tendrá un gesto de altruismo, que jamás sabrá sacrificarse por la patria y una patria en manos de ciudadanos sin corazón, materialista, es una patria que camina a su ruina.

Pero tengamos confianza en Dios, pidámosle una reacción en los corazones de los niños y de los jóvenes y muy pronto cambiarán los destinos de Costa Rica.

Ojalá que los dirigentes de la educación se den cuenta de lo que vale para la patria una educación verdaderamente religiosa y que es más importante la formación del corazón que hacer pozos de ciencia.

Sara Casal Vda. de Quirós

Merceditas Jiménez

Profundamente conmovida ha estado la sociedad de Cartago por la muerte de la virtuosa señorita Merceditas Jiménez. Después de larga y penosa enfermedad soportada con la paciencia de los santos, murió confortada con los Santos Sacramentos. Su vida fué toda consagrada a Dios y a su familia. Para el Lic.

don Nicomedes Jiménez y señora, para doña Cristina Rojas v. de Jiménez, para doña Laurita Peralta y para la demás familia enviamos nuestro más sentido pésame, que Dios les dé resignación cristiana para soportar tan sensible pérdida.

SARA CASAL VDA. DE QUIRÓS

Dones y Frutos del Espíritu Santo

Por P. M. SULAMITIS

(Continuación)

Hay que pedir la ciencia de las cosas de Dios

El don de ciencia no da el gusto de las cosas divinas, como el de sabiduría; pero descubre el mismo principio y da luz sobre lo que la sabiduría hace experimentar.—Pedid la ciencia de las cosas divinas y la sabiduría para vivir de ellas. No miréis más las criaturas en sí mismas, ni toméis cosa alguna al sólo punto de vista de las apariencias: no veáis las cosas ni las recibáis sino en mi luz, a fin de usar de ellas para mi gloria, como a cristianos conviene. ¡Oh cuán pocos saben hacerlo!

Os derramáis sin cesar en la vida de los sentidos... ¿Qué son las más de las veces vuestras conversaciones? ¡Cómo denotan una palpable ignorancia de las cosas de Dios! Llamáis «bien» a lo que es mal, y «mal» a lo que es bien; apartáis de su verdadero fin las personas y las cosas; blasfemáis muchas veces de lo que ignoráis y os dejáis seducir por el engañador, porque en vez de venir a Mí en vuestra ignorancia a fin de que Yo os de la luz, prestáis oído a sus proposiciones falaces... Cuando presentó a Eva el fruto vedado, entretúvose ella en discutir con él, y quedó perdida: vió que el fruto del árbol era bueno para comer y agradable a la vista y deseable para adquirir la inteligencia; mas porque descuidó la ciencia que le mostraba que, a pesar de estas ventajas, el verdadero bien para ella estaba en el cumplimiento de la voluntad de su Dios, desobedeció y comió, y el mal se encontró en su alma y el pecado la manchó...

¡Ved cuánto importa tener la ciencia de Dios! ¡Dichoso aquel que la tiene y vive bajo la influencia de este don del E. S.! Porque este don le será una luz para el cumplimiento del bien y la fuga del mal; acompañará al de inteligencia, que es su complemento; pues mientras este último hace ver la verdad en Mí y en mi palabra, el don de ciencia la hace ver en las criaturas y por ellas os hace remontaros a Mí.

DON DE INTELIGENCIA

Lo que es este don

Pedid también ardientemente el don de inteligencia o entendimiento; porque sin él en vano leeríais las Escrituras y oíríais hablar de mis misterios; vuestro espíritu permanecería cerrado a la luz. Por este don las verdades presentadas a vuestra fe y que por ella aceptáis, se os hacen inteligibles, no en el sentido de que podáis comprender la profundidad de mis misterios, sino recibiendo cierto conocimiento que os permite adheriros a lo que os presentan, conscientes de su evidencia, de suerte que, con tener que reconocer que el misterio sigue siendo misterio, podéis sin embargo confesar que, en cierta medida, os queda descubierto, y así os sentís poseídos de la realidad de lo que encierra y os presenta. Parece que se levanta un poco al alma el velo oscuro de la fe, y ya no es una muralla, sino un velo que deja trasparente maravillas incomparables cuya profundidad no podéis sondear, ni descubrir toda su hermosura, toda su deslumbradora realidad.

Lazos que pone el enemigo a las almas: las herejías

Engaña el enemigo a las almas haciéndoles interpretar falsamente las palabras de la Santa Escritura. Ya véis que ese fue el medio que empleó para tentarme (Mt. 4, 6). Y con éste es con el que mayores males hizo en la Iglesia, por las herejías, quitando a mis divinas palabras el sentido que Yo les había dado. Muchas son las almas que se dejan seducir aun por este procedimiento.

Orad mucho: orad por los mismos cristianos, a fin de que teniendo la inteligencia de las Escrituras comprendan cuánto les importa trabajar por su salud y practicar mis máximas... Orad para que a todos les venga a ser mi Evangelio el Libro sagrado de mis enseñanzas, el código de su conducta... Rogad porque las santas escrituras—las Epístolas en parti-

cular—no sigan siendo para ellos letra muerta, incomprensible, libro de dogma y de moral demasiado austero y bueno para los antiguos tiempos.

Hay que leer con recogimiento las Sagradas Escrituras: cómo hemos de servirnos de la palabra de Dios

Los que han recibido el don de inteligencia, descubren un sentido profundo en mis palabras, que les son verdaderamente luz y vida, mientras quien a su lado las lee no descubre allí sino términos abstractos o que nada significan, y hasta a veces se sirven de ellas contra mis intenciones, dándoles interpretaciones vanas y desatinadas... Hay que orar mucho y cuando

leéis el Evangelio, hacedlo siempre recogidos; pues no son, tenedlo presente, palabras humanas, sino divinas, que sólo mi Espíritu Santo puede declararos.

Estas palabras son la espada de dos filos de que habla el Apóstol (Hebr. 4, 12); armáos de ella. ¡Dichoso el que tiene el don de inteligencia para usar de él con discreción y consejo para procurarme victorias contra Satanás!

Convendría que hiciéseis mucho caso de la Santa Escritura; al menos procurad que en ella os instruyan quienes en mi Iglesia tienen para ello gracia y que lo harán según las luces de los que antes de vosotros tuvieron su inteligencia.

(Continuará)

Algo más sobre la Masonería

Por FERNANDO SARRATEA S. (Presbítero)

Aunque es cierto que tengo otros temas por escribir, sin embargo otra vez he querido tocar ese punto para poner de manifiesto una vez más mi aversión a esa secta infernal, verdadero aborto del infierno. No es buen católico quien no odia lo que la Iglesia como funesto condena. No pasaría de ser un católico mediocre y en consecuencia que provoca náuseas a los que de verdad lo son que el que no se resolviera a rechazar y odiar lo que la Iglesia odia y rechaza.

Como nada, hemos de considerar, ni los parentescos, ni las amistades, ni los compromisos, ni nada, cuando se trata de hablar claro, cuando se trata de exponer lo que siente el corazón en lo referente a la fe que es lo más precioso que los católicos tenemos, máxime si se trata de un corazón sacerdotal que no merecería tal nombre si se dejara amordazar por el espantajo del respeto humano y valorara en algo las fruslerías antes dichas y callara cuando debiera hablar e hiciera el papel ridículo del perro mudo del Evangelio.

Si la Iglesia condena la Masonería, como nadie lo ignora, ¿cómo es entonces que existen católicos que parecen contemporizar con esa secta? Lo de siempre: la crasa, la supina ignorancia religiosa que tantos estragos hace en este orden.

A muchos de esos católicos ignorantes y simples han sabido embaucar los masones, haciéndoles creer que no era mala la Masonería, que era simplemente una sociedad de beneficencia y caridad, que no distingue a los hombres por ningún credo religioso, y ellos, esos católicos ignorantes, se comen ese sebo y se tragan ese anzuelo y se convierten en masones y quedan sabiendo tanto de la Masonería como lo sabían antes con relación a su aparente Catolicismo.

De aquí la necesidad de decir de cuando en cuando algo de esos errores que muchos para su desgracia abrazan; porque en realidad, hay que confesarlo, no siempre es la malicia la que lleva al error sino muchas veces la ignorancia, y obligación de todos es disiparla con la luz de la verdad sobre todo los que hemos sido puestos para ser la luz del mundo y la sal de la tierra.

Por el momento, me conformo con esto; tengo muchísimo material para atacar la Masonería que es la sociedad que quizá más lágrimas ha sabido arrancar a nuestra querida Madre la Iglesia Católica, por eso es la sociedad que más aversión merece de quien se ufane de ostentar el glorioso título de católico. Por eso, en estos asuntos, aparte de todo, y hemos de decir: «Amicus Pablo, sed magis amica veritas.»

¡Piedad!

Por LEONOR BARRAQUÉ.

Palpitación es esta página de un alma de mujer en íntimo coloquio con otras muchas, y fiel a esto, mis temas semanales se detienen curiosos en todo aquello que parezca tocarnos muy de cerca. Nada me ha guiado mejor que el sentido maternal, esa fuente primordial de donde brotan todas las enseñanzas femeninas.

Hoy he venido a mi mesa de trabajo desde el trájín de la calle con la melancolía prendida en el espíritu, y es que persiste, para descrédito de nuestro pueblo, aquello que en mi pobre ilusión creí sólo efecto de gobiernos egoístas, el abandono absoluto de la maternidad. ¿Qué podemos hacer de grande si en las aceras más céntricas, en los rincones lúgubres de los portales, en la inmundicia de cualquier caseta, en fin, hay una madre dolorosa, harapienta, abandonada, y junto a ella la suprema tragedia del niño pordiosero?

Cuando en tiempos de tiranía comenzamos a multiplicar este espectáculo, segura me sentía de que aquello era consecuencia natural del abandono público, y más segura aún de que tan pronto nos liberáramos éste sería el paso fundamental de reorganización. Los meses se suceden a los meses, y el país, empeñado en una disputa de intereses encontrados, ha olvidado sin duda la deuda sagrada de tenderle una mano de salvación a esa legión de mujeres que son parte del propio suelo, pero doblemente merecedoras en la condición de madres.

No podemos disculparnos ante compromisos mayores, ya que el primero y primordial debió ser un alivio inmediato de este espectáculo, factible de subsistir en cierta forma, ya que no nos es dable barrer en su total la tara de miseria, pero que, en Cuba, consecuente al período vergonzante que soportamos tantos años, se creció violento y traspasó los límites de la necesidad para caer de lleno en el más negro de los abismos. Las mujeres que se arrastran hoy por nuestras calles con niños famélicos en los brazos, no son ya figuras humanas, son guñapos miserables movidos sólo a impulsos de un instinto involuntario. ¿Qué hacemos para remediar esto? Tender, el que puede, una moneda de muy poco valor, y seguir adelante para tropezar no muy lejos con iguales cuadros, y vernos forzados a negar cualquier socorro. Esto es todo, obra sin fin de utilidad, ya que el mañana será para aque-

llos indigentes igual o peor que el horrible presente.

La labor de realizar no sería sólo de caridad monetaria, que suele ser la más usada por aquello de ser la más cómoda. Suplico para esas madres infelices un soporte de dignidad que sea de por sí manjar para el cuerpo y tónico para el alma. ¿Es que en Cuba queremos cerrar los ojos a nuestra tarea fundamental, construir hombres sanos de exterior, pero más aún del espíritu? ¿Y qué hacemos con esto si la mujer-madre se muere de abandono, se la olvida y hasta se reniega de su indigencia?

Oigo sin cesar que el radio y la Prensa claman porque se remedie la mendicidad pública como atentado al ornato, como ofensa al extranjero, como peligro de higiene. ¿Cuándo sonará una voz que hable más espiritualmente y diga de conmiseración hacia esas infelices, de labor de beneficencia pública que haga un censo de madres abandonadas para que se les dé preferencia en el trabajo—entiéndase bien, en el trabajo y no en el asilo—a esos ejércitos del hambre y la miseria?

Es aquí donde debiera el Gobierno valerse de tanta mujer capacitada y noble que puede mejor que el hombre orientar una campaña de auxilio maternal. Hay que haber sentido el latido del hijo en las propias entrañas y hay que querer como sólo quieren las madres, para compulsar después la tragedia del hijo sin pan, del cansancio sin cuna, del frío o del calor sin techo. El hombre que destruye todo esto en la misma indiferencia que lo fomentó, no puede ni remotamente asomarse a lo insondable de este martirio. Dolorosamente no estamos aún en camino de reivindicar ninguna de las maldades sociales con que se ha sembrado la tierra. ¿Cómo vamos a pretender esto si la humanidad se debate hoy más que nunca por intereses materiales defendidos con la fuerza? Queda sólo como faro de esperanza, y por tanto poco es pedir que se le deje actuar, la mutua ayuda de mujer a mujer, que va a encerrar en lo ingente de la tarea una compenetración sentimental que dará luces a la labor.

Clamo por ello desde esta tribuna de mi página, y ojalá que mis súplicas, envueltas en una conmiseración también de madre, hallen un eco generoso en las esferas gubernamentales de mi país.

Páginas íntimas

Por LEONOR BARRAQUE

¡Cómo las cosas que leemos en novelas y que viéndolas lejos parecen fantasías, se presentan cuando menos lo soñamos en la realidad de la vida!

Mis impresiones de muchacha, que de cuando en cuando voy dejando en estas cuartillas, se han dormido un poco en los últimos meses, porque algo de mi vida parece, sin que de ello yo misma me dé cuenta, querer sustraerse a lo exterior.

Bien dicen que las cosas de amor se hacen primordiales en vidas de mujeres, pues yo que soñé un camino de risas, en que todo se hiciera ligero y no diera cansancio, voy viendo, cada vez mejor que no es posible navegar sin escollos. Es temprano para calcularlo, porque apenas tengo 17 años, pero, ¿puedo ser excepción? Se va desenvolviendo a la sombra de nuestra intimidad familiar un conflicto que a fuerza de ser común no parece grave más que para aquellos que lo reviven. Es el caso que comienza a interesarme alguien que no es el candidato de los míos. Entre el grupo de muchachos compañeros de mis hermanos, alguno se aviene a mi sentir con tal compaginar que pienso si desde antemano no nos fabrican ya estas inclinaciones. En mi cabeza todavía infantil están disputándose una definición el amor y la admiración. Dicen que lo uno es consecuencia de lo otro, pero yo todavía no he plasmado esta certeza. Estoy viviendo un período de evolución en que yo misma me desconozco.

Vuelvo a mi análisis; ese «amigo», todavía no me atrevo a dejar aquí su nombre, es a mis ojos de lo menos vulgar que veo. Viene del interior del país a cursar estudios superiores, y como según parece tiene familia prestigiosa, pero no pudiente, trabaja y estudia a un mismo compás. No frecuenta sociedad, así nos dice, porque ni allí está su medio ni el tiempo le alcanza. Esto parece un absurdo para las que como yo estamos rodeadas de muchachos que viven en sociedad, porque no hay otra cosa que hacer y que bien mirado son extraños a un vivir selecto, porque poco conocen de exquisitez. ¿Cómo se explica esto? ¿Serán ellos los equivocados o mi amigo

el que sueña fantasías creyendo que la buena sociedad es un mundo donde sólo caben caballeros de gran alcurnia?

Por otra parte, él no concibe fabricarse un mundo propio más que con el esfuerzo, pero no con eso que hoy parece lección de todos, dando para que te den. El tiene no sé si en el cerebro o en el alma, o en ambas cosas, que es lo más hermoso, un sueño purísimo de colaborar sin especular. Esto son cosas que parecen filosofías de otros tiempos, pero ya veo que la vida las produce en todo momento.

Y aquí empieza lo más difícil de mi confesión. Este hombre «singular» habla también de amor, como para decirme que es bien real; que no es una quimera y, en fin, que es humano. ¡Yo que temía que fuera sólo una visión! Pero también en esto no es fácil de comprender, como que yo soy la primera en sofocarme, no entiende el amor a lo superficial, a lo excitante, como diría F. A., mi enamorado «profesional». Cuando en el grupo joven hablamos de estas cosas, él parece que ni las escucha, más aún, que no le interesan, pero cuando rompe el silencio lo que dice tiene un sabor tan distinto a lo corriente que casi es una mezcla de caricia y rezo. Con tanto respeto nos muestra a todos los que él cree que es amor.

Dicen los que nos rodean que yo le gusto, pero que es un escéptico y no se dejará vencer. Yo sólo sé compadecerlo en la soledad de sus ideas. ¿Será que nos hemos comprendido en silencio?

PENSAMIENTOS

Alejandro Magno decía de Aristóteles, su maestro, que le debía tanto como a su padre, porque de éste había recibido la vida, y de su maestro, el privilegio de vivir bien.

* * *

El maestro puede mucho y hace mucho; pero los ciudadanos deben saber que sin la cooperación de los padres y madres por sus buenos ejemplos y consejos a los niños, se desvirtúa, se evapora el inmenso y delicado trabajo del mejor maestro.

¿Cómo debo comportarme?

Por ANNA VERTUA GENTILE

(Continuación)

DECORO, NO VANIDAD

Vestir bien y con elegancia para satisfacer el gusto estético del esposo, por un delicado sentimiento de respeto hacia él, de la familia y del prójimo en general; en una palabra, por decoro, es laudable cualidad y aun virtud.

Vestir bien y con aparatosas elegancias para atraerse las miradas, para hacer ostentación de riqueza y sobresalir, es coquetería, es soberbia y vanidad en el estricto significado de la palabra.

Y cuando el alma de la mujer se halla tiranizada por esta pasión necia y fatal, las sanas y santas afecciones desaparecen, por superfluas; sacrificase a menudo el deber y ahógase la dignidad entre costosas e inútiles frivolidades.

¡Bendito término medio que aun siendo el único seguro, resultas tan difícil de seguirl!

NO CONVIENE REHUSAR LAS INVITACIONES DEL ESPOSO

El amor de los hombres
es como el vaso
que al menor movimiento
se hace pedazos:
y es evidente
que el más fino se quiebra
más fácilmente».

Copla popular.

Señoras hay, Cenicientas por el carácter, que jamás quisieran salir, ni recibir visitas, ni hacer cosa alguna de las que puedan alterar en lo más mínimo sus hábitos. Convierden la casa en una madriguera y en ella se agazapan llevadas de su pereza física y moral.

¿Para qué el engorro de engalanarse para salir un par de horas, cuando tan placenteramente se está en la habitación propia con un bordado o con un libro en la mano? Y para no turbar su sosiego, dejan que el marido salga solo, cuando por exigencias del cargo o parentesco o por el natural deseo de distraerse, decídese a tomar parte en veladas y diversiones.

Y en este caso la esposa procede dos veces mal. Disgusta al marido con el desaire y, lo que es peor, lo acostumbra a que se distraiga

y divierta prescindiendo de su compañía; lejos de sus miradas, que pueden prever amenazas y peligros; apartado de su corazón que, con la sagacidad del afecto, puede enmendar la senda bordeada de amarguras y desilusiones sin cuento.

Harto frecuentes son las ocasiones que se presentan al marido y que le obligan a separarse de su esposa, para que ésta no acceda al punto a acompañarle siempre que indique tal deseo.

LA ESPOSA CUERDA SE ACOMODA A LOS GUSTOS DEL MARIDO

Entre los maridos y particularmente entre los doctos encuéntrase algunos que, aparte aquello que les interesa y los hace admirados y queridos, viven como almas extraviadas. Aman la quietud, la intimidad de la familia: aborrecen las grandes recepciones, las veladas, los bailes y los banquetes de etiqueta. Están a sus anchas en una íntima y selecta reunión de amigos, y enmudecen embarazados en un salón elegante, entre personas de conversación insustancial y frívola.

El dicho vulgar: «estar como perro en misa», que significa un estado de inexplicable extravío y del que resulta una penosa turbación en actos y palabras demuestra palpablemente la situación de una persona que no puede acomodarse a un ambiente que no le es propio.

—No parece sino que mi voluntad cayera de repente presa de un gran desfallecimiento —decíame una tarde, como confidencia a nuestra antigua amistad, una de nuestras eminencias científicas, refugiándonos en un tranquilo rincón durante un intermedio de una espléndida velada.—También quisiera yo hacer lo que los demás: charlar, inventar chistes, decir agudezas, interesar a las señoras; reír, chancearme. Pero... se me hace imposible. ¡No basta decir «quiero»!... Es un «quiero» que no se traduce en voluntad impulsiva, en determinación activa. Y ello me embaraza, me disgusta, casi me enferma. ¡Mi esposa, sin embargo, gusta de estos solaces! —añadía entre suspiros que revelaban al mismo tiempo el sacrificio, el fastidio y la resignación.

(Continuará)

El gobierno de las mujeres

Por A. PALACIO VALDES

(Continuación)

Isabel I de Castilla

En Galicia hizo arrastrar más de cincuenta fortalezas de nobles que eran otras tantas cuevas de bandidos. El pueblo respiró. «Los desgraciados habitantes de las montañas—dice Pulgar—bendecían a Dios por su libertad como si les hubieran sacado del cautiverio más deplorable.»

Jamás en ninguna época ni en ningún otro país del mundo se dieron en tan poco tiempo tantas y tan sabias disposiciones para el arreglo y el buen orden en los tribunales.— «—Fué ésta, ciertamente—exclama entusiasmado el cronista Oviedo—la edad de oro de la justicia, y desde que nuestra santa señora nos fue arrebatada ha sido mucho más difícil y costoso despachar un negocio con un simple secretario que antes lo era con la reina misma y todos mis ministros.»— «—Un decreto firmado por dos o tres jueces—dice otro escritor—infundía antes respeto en aquel tiempo que todo un ejército anteriormente.»

Durante la ausencia de su marido, que se hallaba en Aragón, disputaron dos jóvenes nobles, el señor de Toral y don Federico Enrique, hijo del Almirante de Castilla, que era tío del rey don Fernando. La reina, considerando que el señor de Toral era el más débil y estaba expuesto a la cólera de su rival, le dió un salvoconducto hasta que se arreglasen sus diferencias. Don Federico, sin respetar tal salvoconducto, hizo apalearse por sus criados una noche en las calles de Valladolid a su rival. Indignada la reina al saberlo, monta a caballo, y a pesar de que en aquel momento la lluvia cae a torrentes, marcha a galope a Simancas, donde supone que el atrevido joven ha ido a refugiarse en el castillo de su padre el Almirante. Los oficiales de su guardia no habían logrado alcanzarla hasta que ya se hallaba delante del castillo. Intima al Almirante la entrega de su hijo. Aquél responde que no está allí. La reina no se conforma. Se hace abrir las puertas de todas las estancias, y después de haberlas registrado, se vuelve despechada y dolorida a Valladolid.

Al día siguiente hubo de guardar cama: la fatiga, la mojadura y sobre todo el disgusto la habían puesto enferma. Viendo el Almirante rugir sobre él la tormenta, se decidió a entregar a su hijo, que fue conducido por su tío, el condestable de Haro, a presencia de la reina. No se dejó ésta ablandar ni por las súplicas de los parientes, ni por la edad y las muestras de arrepentimiento del joven, ni siquiera por la consideración de ser primo de su marido. Manda que se le conduzca preso al través de las calles de Valladolid hasta el castillo de Arévalo, lo tuvo allí rigurosamente incomunicado bastante tiempo, y al fin consintió en darle libertad, pero desterrándole a Sicilia.

¿Quién no siente palpar su corazón al contemplar este rasgo de indomable rectitud? ¿Quién no murmura con toda su alma: ¡Bien, bien!, reina magnánima y justiciera?

Pero no guardaba su formidable energía para estos menudos casos solamente. De ello ha podido dar testimonio el pontífice Sixto IV. Como éste no respondiese con la debida consideración de una justa demanda que se le había dirigido, la reina toma las disposiciones oportunas para defender los derechos de la Corona. El Papa, inquieto y temeroso, envía un legado para transigir el asunto. Isabel, al tener noticia de que ha llegado a España, le envía una orden intimándole para que abandone sin pérdida de tiempo el territorio de Castilla. El legado pontificio se humilla, implora que se le deje ver a la reina. Esta sólo consiente al cabo en recibirle por la intervención del Cardenal Mendoza. Gracias a tal promesa, la reina arranca a la Santa Sede el derecho de proveer las sillas episcopales y los beneficios eclesiásticos. Y comienza a llevar a cabo esta tarea, hasta entonces deploradamente efectuada, con tan escrupulosa rectitud, que ni las recomendaciones de su marido consiguieron jamás desviarla del camino que había resuelto seguir.

Las inmunidades eclesiásticas tampoco lo graban paralizar su brazo cuando se trataba de hacer cumplir las leyes. Su resolución era

inquebrantable. Prendía, desterraba, cortaba cabezas. A ningún criminal le valía su nobleza, ni sus riquezas, ni siquiera las órdenes sagradas de que estuviese investido. Unos vecinos de Trujillo pagaron con la vida el pretender arrancar de la prisión a un eclesiástico. Los magistrados de la Cancillería de Valladolid fueron depuestos en masa por haber admitido una apelación al Papa en un asunto que era de la exclusiva jurisdicción civil. Caso, en verdad, maravilloso tratándose de una mujer tan piadosa y en época en que la Iglesia tan medroso respeto inspiraba.

Su diplomacia y su presencia de ánimo corrían parejas con su energía.

El capítulo de la Orden de Santiago se hallaba reunido en Uclés para la elección de Gran Maestre. La reina que estaba en Valladolid, sabía que esta elección iba a ser causa de serios disgustos, porque se disputaban el cargo varios poderosos señores. Monta a caballo según su costumbre, entra en Uclés, se presenta de improviso en medio del capítulo. En pocas y acertadas palabras hace ver a éste los peligros que en aquellos momentos pudiera arrastrar una elección. Los caballeros, persuadidos, confían al rey, su esposo, la administración del Maestrazgo. El rey declina tal privilegio y confiere el cargo a Alonso de Cárdenas, sujeto de mucho mérito pero de oscuro nacimiento.

Otra vez hallándose en Tordesillas, la plebe de Segovia se amotina contra el Alcalde del Alcázar, donde se guardaba la princesita Isabel, hija mayor de la reina. Esta, al saberlo, monta a caballo y haciendo galopar furiosamente a toda su comitiva se presenta en Segovia. Entra en el Alcázar por una puerta excusada. Encuentra a todos sus servidores aterrados. El pueblo enfurecido ruge a las puertas que ya tiene medio destrozadas. La soberana baja y las hace abrir de par en par. La muchedumbre se precipita por ella bramando de cólera. Al ver a su reina sola en medio del patio quedó instantáneamente silenciosa y paralizada.

—¿Qué queréis?—les pregunta con acento tranquilo.

Los amotinados la exponen sus agravios. La reina promete hacer justicia y les manda retirarse. Todos obedecen y salen victoreándola.

Su actividad era infatigable. Después del orden la prosperidad, la cultura. Comunica

extraordinaria actividad al comercio y la marina. Pérez de Guzmán, un escritor de aquella época, al contemplar nuestra magnífica flota exclama:—«Cosa que fue por cierto maravillosa que lo que muchos hombres y grandes señores no se acordaron de hacer en muchos años sólo una mujer con su trabajo y gobernación lo hizo en poco tiempo.»

¡Qué impulso generoso dió a las letras, las ciencias y la educación! Aquí es donde se muestra mejor que en otra parte el temple exquisito de su alma. Bajo su égida surgen universidades y academias, puéblase de sabios extranjeros nuestra España, los magnates más poderosos de la nación desempeñan cátedras en las universidades y se mira con estupor hacer lo mismo a varias señoras. Soldados veteranos encanecidos en la guerra se ponen con entusiasmo a estudiar el latín y el griego. La reina da el ejemplo. Se exime de derechos de aduanas a los libros extranjeros (¡qué ejemplo para nuestro siglo!) «No había español que se tuviera por noble—dice un autor italiano—si se manifestaba indiferente hacia las letras.» El holandés Erasmo decía lleno de admiración, que España podía servir de modelo a las más ilustradas naciones de Europa».

¡Primera y última vez, por desgracia, en que pudo afirmarse tal cosa de nuestra patria!

Cuando se observa la serie de reformas importantísimas que por iniciativa de la reina se llevaron a cabo en tan corto período de tiempo; cuando repentinamente encontramos los cargos más importantes de la nación conferidos, no a los nobles, sino a los sabios de humilde nacimiento; cuando veamos a la misma nobleza en las Cortes de Toledo despojarse voluntariamente de las riquezas injustamente adquiridas en los reinados anteriores; cuando hallamos los caminos limpios de salteadores, las fortalezas donde se albergaba la maldad demolidas, la ciencia y la virtud protegidas, la ley respetada en todas partes hasta el punto de que, según afirma un testigo ocular, «ninguno se atrevía a levantar la mano contra otro, ni aun a hablarle en lenguaje desconocido o descortés», nos parece hallarnos en una edad de oro, vivir en un sueño feliz, imposible de realizar en nuestro planeta.

Presentimiento

Por JUAN VAZQUEZ DE MELLA

Yo tengo el presentimiento de que la hora de una catástrofe social, preparada por tres siglos de herejías y por uno de ateísmo, está próxima, y que se va a dividir de nuevo la Historia con una edad que termina y con otra que comienza. Y temo que el día en que se apague una lucecilla que arde en la colina del Vaticano, lanzando melancólicos resplandores sobre la iniquidad de un mundo ingrato; el día en que cumplida la misión providencial de haber llevado hasta el último límite la misericordia divina para preparar el camino de la justicia, la luz se apague, puede ser que un viento de muerte sacuda la pesada atmósfera que gravita sobre las almas, y que, en el momento en que una turba insensata, acaudillada por los apóstoles de la impiedad, escale los muros del templo para arrancar de la techumbre social la Cruz de Cristo, que es y será siempre el pararrayos espiritual contra todas las tempestades de la vida... puede ser que una nube sombría y tormentosa invada los horizontes y los ilumine súbitamente con la centella que rasgue sus entrañas, para que veamos avanzar sobre el suelo, calcinado por la Revolución, de esta Europa apóstata y cobarde una ola negra, muy negra, coronada de espumas ensangrentadas, que arrastre, entre sus aguas impuras, astillas de tronos y fragmentos de altares y que dé comienzo a una noche funeral que se cierna sobre la tierra y parezca interrumpir la Historia.

No temo esa noche, que sé que ha de venir. Y, si no consultara más que a mi deseo, diría que ya tarda demasiado en oscurecer el día con el polvo de la catástrofe y en ensordecer los ecos de las montañas con el bramido de los huracanes y de las olas irritadas.

¡Que venga pronto!, para que el esplendor del relámpago, azotando con una espada celeste los rostros de los vencidos, no permita ver en la batalla fragorosa el avanzar de las legiones que no han renegado de Cristo; y después, cuando los crespones se rompan y las sombras huyan y las nubes se desvanezcan y se serenen los aires, a las luces de la alborada del gran día, podamos contemplar al

pie de la Cruz, abrasada por las llamas, ante los escombros humeantes, despojos de la anarquía convertidos en altar, surgir al sacerdote católico levantando la Hostia Santa con el nuevo Sol de un mundo nuevo, que salude al pueblo fiel con el murmullo de una inmensa plegaria, Te Deum de victoria y canto encendido, de esperanza y amor.

Yo quiero estar dispuesto para reñir en esa batalla; y si caigo en el combate antes de ver ese glorioso final, ¡no importa! porque, con los ojos fijos con la última mirada en los del Redentor agonizante en la Cruz, aún podrán decirle trémulos mis labios:

¡Señor! ¡Señor! Cuando las muchedumbres, que redimiste de doble servidumbre, enloquecidas por el vino de la impiedad, te maldecían; cuando los sofistas se mofaban de Ti y te escarnecían saludándote con el Ave Rex Judaeorum; cuando los perseguidores echaban suertes sobre tu vestidura, y los escribas y los fariseos se concertaban para infamarte, y los cobardes pactaban con ellos, y discípulos pusilánimes te confesaban en silencio, ¡Señor, Tú bien lo sabes!, yo no te negué, y en horas muy amargas se levantó hasta Ti como una oración mi propia pesadumbre, para decirte que sea tu nombre el último que pronuncien mis labios, y que, cuando mi lengua quede muda, todavía con el postrer esfuerzo de mi brazo se alce mi pluma como una espada que te saluda militarmente al rendirse a la muerte, peleando por tu causa.

LAS PALOMAS MENSAJERAS

Es interesante la educación de estas nobles aves: cuando tienen tres o cuatro meses se las encierra en una caja y se las traslada a una distancia pequeña, por ejemplo, de un kilómetro, y desde allí se las da suelta, repitiendo ésta después desde mayores distancias, poco a poco y convenientemente guardadas, hasta adquirir la certeza de que han aprendido a orientarse.

Las razas preferidas por los más escrupulosos colombiófilos son, entre otras, las que provienen de pichones de Lieja y Amberes; también las orientales son muy estimadas.

Consejos higiénicos sobre los alimentos

El maíz.—El maíz es uno de los alimentos más nutritivos que tenemos, más nutritivo que las papas, y debiéramos emplearlo más en nuestra alimentación. Contiene mucho almidón, grasa, albúmina y muchas sales minerales. Dichosamente nuestros campesinos lo comen, pues la tortilla es el pan de ellos, aunque en estos últimos tiempos vemos que el pan entra más en la alimentación del obrero. El maíz tierno es muy recomendable para los enfermos. En esta Revista constantemente damos recetas para la variación de los diferentes alimentos y es una de las cosas más importantes para la salud, variar los alimentos conociendo su valor alimenticio.

Nuestras especias: Cebollitas, cebollas grandes, perejil, puerros, ajos, cominos, orégano, pimienta y clavos; son sanas y muy buenas y deberían emplearse muy a menudo. Daremos algunas indicaciones sobre ellas.

El ajo cocinado en leche sirve para combatir las lombrices y lo mismo las cebollas. Se dejan cebollas picadas en un poquito de agua toda una noche y al día siguiente se bebe esa agua y se observará que las lombrices salen.

El apio es muy medicinal, diurético y por consiguiente se aconseja para los gotosos y los que padecen de reumatismo, es excelente para las personas nerviosas. Tomando apio

cocinado se ha combatido una neurastenia tremenda en una persona que se temía terminara en el Asilo Chapuí. Se come como ensalada, lo único es que tiene que ser de muy buena calidad, del blanco. Y es muy sabroso su gusto en la sopa, o como legumbre.

El comino es irritante, por esto no es aconsejable a las personas delicadas del estómago.

Pimienta, comino, paprica y especias fuertes como la mostaza, se deben emplear en cantidades pequeñas y evitar usarlas a menudo, pues son peligrosas para los riñones. Las personas que sudan mucho no debieran comer alimentos muy condimentados porque irritan, dan sed y aumentan la transpiración. Las especias fuertes son causa de hemorroides.

El pescado.—El pescado es relativamente menos indigesto que la carne, los estómagos débiles lo soportan mejor que la carne. Las personas que sufren de los riñones, del hígado, y los gotosos pueden comer pescado porque no produce ácido úrico. Los que necesitan ser vegetarianos, deben suprimir la carne y reemplazarla con el pescado para acostumbrarse poco a poco y suprimirlo después. Es muy importante consumir pescado muy fresco y aseado, pues es una carne sumamente delicada y con la menor descomposición causa envenenamiento.

Guanacaste. Monografía Histórica y Geográfica

Por don SALVADOR VILLAR

Con fina dedicatoria de su autor hemos recibido este interesante folleto impreso en castellano y en inglés.

Ha sido una verdadera sorpresa para nosotros este estudio profundo de la provincia más importante del país, tanto por su extensión, como por la fertilidad de su suelo, como por la inteligencia de sus habitantes.

Escrito con una amenidad nada común, con un estilo sugestivo que hace interesarse cada vez más a medida que corre nuestra mente por sus páginas.

Creemos sin temor de equivocarnos que es el primer estudio verdaderamente científico, minucioso, porque describe todas las peculiaridades de esta región. Señala punto

por punto todo lo bueno de ella, además no deja de anotar las deficiencias y todo lo que está por hacerse en esa rica provincia.

Es un folleto que debiera leerse en todas las escuelas y colegios, pues es un estudio que ilustrará mucho a la juventud. Nada más triste que vivir ignorando su propio suelo. En otros países se le da una importancia grandísima a la geografía e historia patria y aquí es relativamente poquísimo lo que nos enseñan del Guanacaste.

Con todo nuestro agradecimiento enviamos al apreciable amigo don Salvador Villar, nuestras más entusiastas y sinceras felicitaciones por su hermoso trabajo.

Recetas de Cocina

SOPA DE ZANAHORIAS A LA CREMA

Se prepara un caldo corriente, se pelan seis zanahorias muy tiernas y se parten en tiritas muy delgadas y se fríen en una cucharada de mantequilla, enseguida se echan en el caldo y se dejan hervir hasta que estén bien suaves, se cuele el caldo majando bien la zanahoria para que pase toda; se pone a tostar en el horno dos cucharadas de harina, meneándola a menudo con una cuchara hasta que esté de un color rubio parejo, se saca del horno, se deja enfriar y se mezcla con una taza de leche fría y se echa en el caldo preparado; se condimenta con sal y pimienta, se poné a hervir unos cinco minutos, luego se le agrega un poquito de perejil picado, dos cucharadas de natilla y se sirve.

BACALAO DORADO

La víspera se deja una libra de bacalao en agua fría para desalarlo, al día siguiente se le quitan cuidadosamente las espinas y se pone a cocinar en agua; se ponen a cocinar unas seis papas peladas en agua con sal, cuando están suaves se escurren bien y se ponen de nuevo al fuego para que se evapore

el agua que les queda, luego se cortan en rebanadas; dos cebollas se pican finamente y se fríen en una cucharada de mantequilla hasta que estén suaves, sin quemarse; se unta de manteca una fuente que resista el fuego, se hace una salsa blanca muy espesa. En la fuente se coloca una capa de papas, otra de bacalao, otra de cebollas, otra de salsa blanca, encima se espolvorea con queso rallado y luego con un poquito de pan tostado y mantequilla derretida y se mete al horno caliente y se deja hasta que esté bien dorado.

CORAZONES

Una libra de harina de trigo cernida con una cucharadita de royal se pone en la tabla de amasar, en el centro se le hace un hueco y se pone allí media libra de mantequilla, media de azúcar, un huevo entero y una yema y una cucharadita de vainilla, se mezcla todo bien, se extiende la masa con el bolillo, con un molde en forma de corazón se cortan las galletas que se colocan en cazolejas untadas de manteca y se asan en el horno con calor regular. Al sacarlas del horno se espolvorean con azúcar y se ponen a enfriar sobre un cedazo.

CURIOSIDADES

¿Qué es lo que hace arder al sol?—El sol no arde, en la verdadera acepción de la palabra, como nos lo demuestran dos razones. Es la primera que, a la elevadísima temperatura que existe en el sol, la combustión no es posible, por raro y extraño que a primera vista nos parezca; y, segundo, porque puede demostrarse que haría ya mucho tiempo que el sol se habría consumido, si su calor y su luz se debiesen a la combustión. Es posible calcular la cantidad de energía que el sol produce; pero tenemos que atribuirla a algo, que no sea la combustión. El conocimiento

de la procedencia de la energía del sol es de la mayor importancia.

Es preciso desechar toda idea de combustión; el calor debe ser producido por el choque de unos átomos contra otros, al contraerse el sol bajo la acción de su propia gravedad; la luz y el calor que recibe de otras estrellas, deben también influir algo; y se cree hoy en día que probablemente la mayor parte del poder del sol procede del interior de sus propios átomos, los cuales lo recibieron, antes que nada, del Autor de todo poder en el universo.

A nuestros suscritores: Con el presente número completamos la serie de cuatro que corresponde al mes de julio. Así, pues, nuestra Revista volverá a visitar a nuestros lectores el domingo 5 de agosto.

La Conversión de Eva Lavallière

(Continuación)

Me habla Ud. de la señorita Bonjean; ciertamente es asunto interesante, pero que pide reflexión. Era necesario que la viera Ud. mismo, que le explicara nuestro caso que es muy personal para cada una. Leona *debe* trabajar en los quehaceres de la casa, gastar sus músculos: es receta del doctor. En cuanto a mí, tengo los ojos muy debilitados, no puedo leer ni coser por mucho rato, y sin embargo, a pesar de mi debilidad general, *es preciso* tenerme ocupada so pena de depresión moral. También se presenta la cuestión del clima. Me ha dado reumatismo en Lourdes, por vivir sin fuego y sin las indispensables comodidades, y el médico de Lourdes me ha dicho que de ninguna manera debo exponerme al frío, pues de lo contrario me iría muy mal. Por lo tanto, me convendría el campo, lo mismo que a Leona, pero en un país menos árido, en el Mediodía, por ejemplo. Ud. ve que todo esto tiene sus complicaciones. Pero si la señorita Bonjean tiene una casa de niños por allá, talvez podamos serle útiles. En fin, para todo esto habría deseado verlo, hablar extensamente con Ud. y esto es imposible.—Se lo repito, me pongo en manos de Aquél por quien estamos en esta situación y tengo confianza en El; nos ha de conducir al puerto.—Si puede venir antes del sábado, pónganos un telegrama; sería tanta felicidad!

Mil gracias por las dos encantadoras estampas. Supongo que la flor de lirio sea para Leona; pero como no tengo seguridad, las guardo las dos mientras tanto.

Reciba nuestros mejores recuerdos y todo nuestro afecto.

Eva Lavallière.

VI

Eva Lavallière regresa a Saint Baslemont; las relaciones entre madre e hija continúan tirantes. Eva acaricia siempre el deseo de su retiro definitivo y multiplica sus gestiones en este sentido, pero en vano. Lourdes la atrae menos ahora que ya no puede vivir allí de incógnito.

Y es precisamente a Lourdes adonde deberá regresar. ¡Pobre Eva! Había pedido sufrir y jamas súplica fué más plenamente oída.

No obstante la situación penosa que experimenta su vida en Saint Baslemont, resiste allí cuatro meses. Valor en efecto necesitaba, no solamente para contener su indignación ante la conducta de su hija, sino también para soportar la falta de deferencia de esta

última para con ella. ¿Insinuaba una observación muy maternal, muy afectuosa? Se estrellaba en una ciega obstinación que a veces degeneraba en escenas violentas. Un día el cáliz desbordó. Cual desterrada la madre huyó, desgraciada y sin techo donde cobijarse.

Tanto cuanto se diga no podría dar sino muy descolorida imagen de esta dolorosa existencia, cadena interrumpida de sufrimientos. Dejaré la palabra a Eva. Estas páginas, escritas en Saint Baslemont, salidas espontáneamente de su pluma bajo la impresión de la alegría, de la tristeza o de la angustia, arrojarán una luz más clara sobre estos sucesivos estados de su alma.

(Abril).

Querido señor Cura:

¿Está Ud. enojado? No he vuelto a recibir noticias suyas y esto me apena profundamente. Si lo he molestado ha sido muy sin quererlo y muy sinceramente le pido perdón. Estoy aquí en Saint Baslemont, en casa de mi hija. Hasta ahora he sufrido sobre todo por cuestiones de indelicadeza y por la situación sentimental que me es siempre tan penosa. Pero tengo un gran consuelo: tres hermanas de X, están aquí; dos de ellas una de trece años y otra de ocho, no han hecho la primera Comunión; la más pequeña aun no está bautizada; voy a ser su madrina y el bautismo tendrá lugar en la semana próxima. Además les enseño el catecismo a las dos y espero, con la ayuda de Dios, hagan dentro de poco una buena primera Comunión en privado. La Confirmación tendrá lugar en Vittef a fines del mes entrante. Leona se presentará también y, si Dios quiere, haremos así un poco de bien espiritual. ¡Ay, lástima que no esté usted aquí para todo esto! De este deseo conversaba ayer con Leona. No vemos la hora de encontrarnos con Ud.; ¿pero hasta cuándo será? ¿Y nosotras, adónde iremos?, pues tan pronto como arregle las cosas, no pienso eternizarme aquí. He encargado a Carat y a Anna que me busquen una casita en Bretaña, donde están, y luego que la hayan encontrado, nos iremos Leona y yo. Por otra parte Juana tiene aquí muchas molestias pecuniarias y de todas clases, lo que la ha decidido (y yo la apruebo), a vender el castillo e irse a Marruecos, donde podrá empezar otra vida. El clima de aquí es demasiado riguroso y es preciso haber nacido en estas tierras para soportar el invierno con 25 grados bajo cero; Juana se resiente mucho.

(Continuará)

Muñequita

(Continuación)

La Princesa se deja caer en uno de ellos, triste y meditabunda. Su mano cuelga blanca e inerte; entonces siente que un belfo húmedo y tibio la roza y al incorporarse ve un magnífico perro lobo que la está acariciando como si la conociera de siempre. El perro de a bordo.

El animal se acerca lleno de confianza y pone la inteligente cabeza sobre el regazo de la princesita, lagotero y audaz, como un amante. Y Perla coge entre sus manitas la testa del mastín donde los ojos brillan con expresión casi humana y en una súbita eferescencia de cariño pone un largo beso entre las orejas del animal.

* * *

El crucero avanza en la noche, con una marcha reposada y señorial. No tiene prisa. Su alma de acero parece haber comprendido al alma de la mujer que conduce a través de los mares hacia un hombre y sabe que la mujer no tiene prisa por encontrarlo. Es más: que desearía tardar diez siglos en llegar junto a él. Más todavía: que en un loco arranque fantástico de su imaginación excitada, calenturienta, ha llegado a pensar en una catástrofe marítima, en una isla perdida en el océano y, en ella, viviendo milagrosamente escapados a la muerte y a la fatalidad de su destino, ella y él: Eric de Novorog.

La luna pone su sonrisa de plata en aquel mar de acero, apenas picado. El crucero avanza, majestuosamente.

—Vuestra Alteza ha cometido una imprudencia viniendo a cubierta sin abrigo...

Perla se levanta de un salto. ¡Esa voz!

Eric no añade una sola palabra más. Lleva al brazo uno de los abrigos de Perla—pieles de armiño, niveas—y sin perder un instante ayúdala a ponérselo. Ella huye hasta apoyarse en la borda misma de la anchurosa popa del navío, junto a la cureña de un cañón enfundado de hule; pero él la sigue tranquilamente. Le produce risa esta prisa de Perla en evitarse.

—Todavía no está a bordo el príncipe de Neuberg para huir de mí de esa manera, Alteza—dice recostándose con el codo sobre la borda, tan cerquita de ella que se rozan sus hombros.

Y en su acento hay a la vez resentimiento y gozo. Perla está ahora como clavada en su sitio. Toda su cólera se ha extinguido. Sólo siente la locura inefable de tenerle al lado.

—No he debido encontrarte a bordo, Eric—protesta severamente.

¡Oh, la dulce severidad de la muñequita que se derrite en ternura!

—¿Y qué quería V. A. que hiciese yo? Las órdenes son las órdenes...

—Has podido evitarlo de cualquier modo. Pedir licencia, fingir una enfermedad...

—¿Para qué mentir si, de todas maneras, aunque yo no lo pretenda y V. A. no lo desee, hemos de vernos infinidad de veces frente a frente?

—¿Cómo?

—¿Vuestra Alteza ignora que yo soy neubergés y que un día u otro debo ocupar en la corte de mi país el puesto que me corresponde?

—No; pero más adelante, quizá, tengamos el corazón mejor dispuesto para resistir esa situación.

—Siempre nos amaremos igual, Alteza..., y siempre padeceremos al encontrarnos.

—¡Ay, me temo que sí!

—Y como un día u otro habíamos de empezar...

—Luego, ¿no crees, Eric, que te hubieras podido evitar la pesadumbre de presenciar mi encuentro con Carlos Enrique? Porque tú no ignoras que el Príncipe debe salir a recibirme al pasar el crucero frente a Neuberg y me acompañará en visita oficial a la misma corte de Randchany.

—No lo ignoro... claro.

En la pausa que sigue a este diálogo, ahito de lágrimas y angustias, el mar parece negro, porque la luna se eclipsa y oscurece. Y es que los ojos la miran con un velo de dolor y a través de él todo son tinieblas.

Dos oficiales que pasean sobre cubierta, vienen con intenciones de sentarse en los sillones, bajo la toldilla, pero al ver a la pareja se detienen respetuosos y vuelven sobre sus pasos, con el mayor sigilo. Ni él ni ella les han visto. Ella, porque está de espaldas y él, porque harto tiene que hacer mirándola a ella, tan pálida, triste y delicada, entre las pieles subidas hasta el cuello de su abrigo. El encanto tiene un sortilegio de hechicería que parece detener el tiempo. El silencio habla tan dulcemente... Pero ella rompe de un tirón el hilo de oro.

—Escúchame, Eric. Yo, no sería ni leal ni honrada si no te dijera lo que voy a decirte.

La angustia de una lucha grande descompone la inefable serenidad azul de las pupilas. A Eric, la certidumbre de esta lucha y de este padecimiento parece producirle emoción y contento... ¡qué cosa más extraña! ¿Acaso no debería sentirse desgarrado por la misma amarga desesperación que muerde como un lobo en el alma de Perla?

—Yo siempre he creído que una mujer, desde el momento en que se compromete formalmente con un hombre, es un poco ya... casi su esposa. ¿Eric, tú no lo comprendes también así?

—También, muñequita—concede él, tan dulcemente, que su acento parece una caricia.

—Y lo mismo que para la dignidad de un marido resulta denigrante el que su mujer tenga un *flirt*—a mí el *flirt* en el matrimonio me parece inmoral e indecoroso, sencillamente—también en mis circunstancias creo que resultaría ofensivo para el príncipe de Neuberg el que alguien se diese cuenta de que yo voy a casarme con él a la fuerza, de que no le quiero, de que quiero a otro... con foda mi alma. Porque, al fin, le quiera o no, yo voy al matrimonio porque quiero ir. El no me coacciona, él no me obliga; él pide, yo otorgo. Desde el momento que otorgo, le asiste el derecho de creer que es de buen grado. ¿No sería cruel e indigno, escarnecerle después pregonando mi desamor? Además, le quiera o no le quiera, su nombre es el mío, su honor el mío, su dignidad y su prestigio los míos... ¿verdad?

—Sí—afirmó Eric, enérgicamente.

—Y yo debo defenderlos como míos. Y como no me gustaría que de mí hiciesen burla o

agravio, tampoco he de consentir que de él los hagan. ¿No te parece que pienso bien, Eric?

—Pensas como una mujer honrada y como una princesa que tiene un alto concepto de la dignidad real—dijo el oficial, con la voz temblorosa.

—Entonces, Eric, tú mismo debes comprender que estas entrevistas a solas no deben repetirse.

—Sí, lo comprendo...

Y su voz desfalleció en trémolos de emocionalidad.

—Toda la tripulación comentaría nuestros movimientos en desdoro de la dignidad de Carlos Enrique... ¡Y yo sentiría que la vergüenza me quemase la cara el día que me enfrentase con él! Ahórrame esa vergüenza, Eric. Es el último favor que quiero pedirte. Y ayúdame... a cumplir mi difícil deber...

—¡Pero, no llores!—gritó casi con violencia, el capitán. No comprendes, mi vida, que yo, así, viéndote llorar, soy un guiñapo?—murmuró en brusca transición de ternura, apretando contra sus labios las manecitas febles.—No sufras. Nunca más nos veremos a solas. Al menos, nunca más buscaré yo la ocasión... como esta noche.

—Adiós, Eric...

—Adiós, Perla, muñequita mía... ¿No te ofenderá que en mi corazón te llame siempre «mi muñequita»?

Con la cabeza dijo que no, sacudiendo el oro de su melena. Con palabras no pudo. Y él se marchó. Y ella quedó de rodillas, con la frente apoyada sobre el barandal de la borda, llorando lágrimas de acíbar que fueron cayendo sobre la cabeza del perro, tendido, zalamero y cariñoso, a su pies. El amable animal gruñía sordamente, como lamentándose de esta grande amargura...

* * *

Cuando entró en su cámara, un poquito más aliviada por el reciente desahogo de las lágrimas, trató de entrar en cuentas consigo misma, pero su dolor era tan agudo, tan intenso, que ni para eso estaba. Sentía el deseo y la necesidad de confiar en alguien, de descansar en alguien el peso abrumador de su pesadumbre. Pero ¿en quién? ¿Acaso en la

dulce, simpática y adicta camarera? Ciertamente, que Lucette la escucharía comprensiva y emocionada, mas el respeto sellaría sus labios y las palabras de amor y de consuelo no lograrían salir de su garganta.

¿Lilian? ¡Pobrecilla! Harto haría si desentendaba su propia madeja con Rettudocos. En Molesey, tan paternal, tan lleno de optimismo y de indulgencia, tampoco había que pensar en los momentos en que departía cordialmente con la oficialidad, y menos en la Mozaska, naturaleza áspera e insensible a todo lo que de cerca o de lejos tuviese un ligero tufillo de romanticismo o de poesía. ¿Condolerse la vieja aya de una pena de amor? ¿Escuchar con ánimo inclinado a la bondad el relato de un sueño? No, de veras que Perla no se hacía ilusiones sobre este punto.

Y al pensar en la Mozaska, tan adusta, tan semejante a un cardo, pensó en la Madre Superiora de su Colegio. Aquella sí que supo comprenderla bien. ¡Y qué dulzura en sus palabras, que tiernísimo cariño en sus consejos, qué claridad en sus razones, cómo levantaban su ánimo decaído sus sensatas advertencias llenas de prudencia en los días negros... negros, que prendieron a su salida de la santa casa donde se habían formado su inteligencia y su corazón!

Aun vibraba Perla, sacudida de emoción al recordar aquel momento melancólico y nostálgico de un crepúsculo primaveral, cuando la silueta de Eric de Novorog se columbró entre las sombras del aposento, sin un comentario, obediente al destino, y ella tuvo que enfrentarse, cara a cara y brutalmente con la vida. Veía la figura amada de la Reverenda Madre ciñendo con infinita querencia su propia personita aniquilada y conduciéndola, como a un puerto seguro a los pies del Cristo agonizante que, pese a su gesto trágico, parecía abrir los brazos, acogedor y amabilísimo, a todos los desdichados de la tierra. —«Venid a Mí todos los que sufrís, que Yo os aliviaré», parecía decir el divino Crucificado y parecía indicarle también el único remedio, el único bálsamo, la única triaca.

—Aquí es donde únicamente has de encontrar la fortaleza que te falta, hija mía...

Súbitamente, Perla buscó al eterno Consolador. Y le vió allí, sobre el mármol de su mesita de noche: un Cristo de marfil, recuerdo de la Reverenda Madre, que la acompañaba siempre. Hincóse de hinojos, la frente sobre

las manos, las manos cruzadas sobre el mármol de la mesita.

Con los ojos cerrados evocó el coro conventual, su quietud monástica, el perfume litúrgico de incienso y de cera, el olor a flores de Mayo en la iglesia, la luz desvaída, vacilante y amiga de la lámpara de bronce alumbrando la imagen... Evocó la tarde muriente, los tirones del dolor, el mordisco de lobo de la fatalidad, el aniquilamiento, la angustia del instante en que, desorientadísima, miraba rota su existencia, como un barco viejo dando tumbos en una noche negra sobre desconocido e inhóspito mar...

Y, como entonces, buscó su fortaleza en el Cristo desamparado y triste, clavado en afrentoso patíbulo como un criminal, el cual, abandonado de Dios y de los hombres, aun derramaba desde allí, igual que desde un trono, todo el inagotable raudal de sus infinitos consuelos...

* * *

Al día siguiente se instaló sobre cubierta con Lilian, decidida a no encerrarse en la concha de la hurañía que acaso podría tomarse como orgullo.

Ya sabía ella que Eric cumpliría su palabra y no buscaría apartes comprometedores. Sin embargo, el día fué un suplicio para los dos.

Pronto una alegre y galante tertulia de oficiales se formó junto a ellas y la dueña, bajo la toldilla. Eric no pudo excusarse sin descortesía de formar parte de ella, ni Rettudocos tampoco.

Perla hablaba con todos, reía con todos. Eric se conducía con su jocunda cordialidad acostumbrada, dentro de la más perfecta corrección, pero cuando sus miradas y las de Perla se encontraban—y esto solía suceder con harta frecuencia—las de él mantenían un ruego ardiente y las de ella desfallecían como aniquiladas por la pesadumbre.

Hacia la tarde, el capitán Novorog entró de servicio. Perla, desde la toldilla, podía verle en el puente, serio, grave, erguido, sin descuidar un momento su obligación. Así fué pasando el día pesadamente, hasta llegar la noche, con la acostumbrada comida. Perla presidía como una sonámbula, cansadísima ya de esta farsa continua. Después de la comida, Eric continuaba de guardia y ella fué a buscar su refugio de la popa donde ya la esperaba su amigo, el perro de a bordo.

(Continuará)

El cultivo de las hortalizas en las casas y escuelas

(Concluye)

Los insectos que se alimentan de las frutas o del follaje pueden también destruirse rociándolos con algún insecticida venenoso, tal como el arseniato de plomo o el arseniato de calcio. Como estas materias son tan venenosas para las personas como para los insectos, es necesario manejarlas con cuidado. No se debe permitir que los estudiantes empleen estos ingredientes sino bajo la vigilancia de algún adulto que esté familiarizado con su uso.

Los insectos chupadores, tales como los afidios o pulgones, no pueden destruirse envenenando la superficie de las hojas y frutos, puesto que se alimentan picando las plantas para extraer sus jugos. Para el dominio de esta clase de insectos es necesario usar insecticida de contacto. Las sustancias más importantes que se emplean con este objeto son la nicotina y el piretro.

Las enfermedades que atacan las hortalizas son numerosas. Las más importantes de aquellas que se pueden dominar son las que atacan las hojas de las plantas. Estas enfermedades se pueden controlar rociando la planta con caldo bordelés, como rocío húmedo, o espolvoreándola con un polvo compuesto de cobre y cal. El caldo bordelés es una de las sustancias más eficaces que existen para dominar enfermedades de las hojas de varias plantas. Aunque es esencialmente fungicida, es también un repelente de varias plagas de insectos difíciles de envenenar.

El arseniato de cal se usa en la proporción de dos cucharadas grandes a nivel, por galón de disolución. Es más seguro que el arseniato de plomo para usarlo en los frijoles, especialmente cuando se combina con el caldo bordelés. El arseniato de plomo se puede usar sólo con agua, con una mezcla de cal y azufre, o con caldo bordelés. Cuando se usa en polvo para árboles frutales, se debe aplicar en la proporción de dos cucharadas a nivel por cada galón de disolución, y para todas las otras plantas, con excepción de los frijoles, en la proporción de cuatro cucharadas a nivel por cada galón.

Para destruir los insectos chupadores se emplea el sulfato de nicotina. Este insecticida de contacto se puede usar con caldo bordelés en una proporción de 1 a 2 cucharaditas de té por cada galón.

El caldo que se emplee para rociar debe distribuirse uniformemente, aplicándolo de tal modo que cubra tanto la superficie inferior como la superior de las hojas. Nunca se deben empapar las plantas, sino rociarlas con una llovizna fina aplicada con un buen pulverizador. Las aspersiones pueden practicarse a intervalos de 8 a 12 días si las condiciones así lo requieren.

Al espolvorear debe hacerse de tal modo que se cubran ambas superficies de las hojas.

Debido a que los polvos no se adhieren a las plantas tan fácilmente como los líquidos, se deben aplicar más a menudo, especialmente durante los períodos de peligro. Un buen tiempo de espolvorear las plantas es temprano por la mañana cuando aún están húmedas por el rocío, o a la caída de la tarde. Es también importante que al hacer las espolvorizaciones el aire esté tranquilo.

LA COSECHA Y LA VENTA

Algunas hortalizas se deben cosechar mucho antes de que hayan llegado a su completa madurez, otras poco antes de que maduren, y aun otras cuando hayan madurado completamente. Ciertas legumbres sólo se conservan por unos cuantos días, mientras que otras se descomponen muy despacio.

Las habichuelas tiernas, las habas de lima, los guisantes y el maíz pierden en calidad si no se cosechan poco después de que llegan al estado comestible. Las cebollas verdes, los rábanos, los nabos, las zanahorias, las remolachas, los espárragos, el ruibarbo, el colirrabo, el perejil, la lechuga, la espinaca, el bretón, la mostaza, la acelga, y la espinaca de Nueva Zelandia se pueden cosechar tan pronto como las partes comestibles alcancen un buen tamaño. Si se les permite que lleguen a su completa madurez, o bien se asemillan, como pasa con las plantas para ensalada, o bien se endurecen como sucede con las plantas que se cultivan por sus raíces.

Los guisantes se deben cosechar tan pronto como las vainas estén bien llenas, y las habichuelas tiernas tan pronto como alcancen el tamaño deseado y antes de que formen fibra o se agranden las semillas. El maíz es más dulce y sabroso tan pronto como se llenan completamente las mazorcas. Los pepinos que se van a rebanar se deben recoger antes de que las semillas empiecen a desarrollarse y los que se van a usar para encurtidos, cuando son todavía más pequeños. El cidracayote de verano se debe usar antes de que madure. Los melones deben madurar en la enredadera y los cidracayotes de invierno deben dejarse madurar completamente. Los pimientos se pueden recoger ya sea antes de que maduren o cuando han madurado y cambiado de color.

Aunque la mayoría de las hortalizas que se producen en la huerta escolar pueden consumirse en las casas de los alumnos, muy a menudo queda algún sobrante que se puede vender a los vecinos o enviar a los mercados cercanos. Las legumbres que se destinan para la venta deben estar frescas, limpias y en el debido estado de madurez. Además de tratarlas con cuidado para que no se estropeen, es preciso clasificarlas cuidadosamente y arreglarlas de manera de hacerlas atractivas a la vista.

(De Revista de Agricultura)

Para los Padres de Familia, Maestros y Catequistas:

Catecismo de la Doctrina Cristiana

del Ilmo. Señor don BERNARDO AUGUSTO THIEL,
Obispo que fue de Costa Rica

NUEVA EDICION POPULAR Y ECONOMICA

Precio: ₡ 0.30 el ejemplar - ₡ 3.00 la docena - ₡ 20.00 el ciento

LIBRERIA LEHMANN & CIA.

SAN JOSE, C. R.

Gmo. NIEHAUS & Co.

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de Grecia, Hacienda «VICTORIA».

» de Santa Ana, Hacienda «LINDORA».

» de Turrialba, Hacienda «ARAGON».

ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.

ALMIDON, marca «Rosales», Hacienda «PORO».

Calidades insuperables - Precios sin competencia

Al por mayor — Al por menor

APARTADO 493 - TELEFONO 2131

COCINAS ELECTRICAS

THERMA

EXHIBIMOS ULTIMO MODELO

FERRETERIA

Clemente Rodríguez Hijos

Teléfono 2073

CLINICA DENTAL

Dr. PERCY FISCHER Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos
en sus servicios profesionales

Rayos X, Dentaduras de Hecolite, material
nuevo que imita el color natural de las encías.

Teléfono 3105 - 25 v. al N. del Carmen

Use bombillos

EDISON MAZDA

The Costa Rica Electric Light
& Traction Co., Ltd.

Departamento Comercial
Distribuidores

Inculque a sus hijos la buena costumbre del
AHORRO

El Banco Internacional de Costa Rica

cooperará en ello mediante el servicio de su

SECCION DE AHORROS

que pone a la disposición de usted.